

HACIA LAS BODAS DE ORO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

D. Eduardo Ortiz de Landázuri
y la Facultad de Medicina

En el número anterior de esta Revista, al recordar la figura del prof. Jiménez Vargas, decía yo, que uno de sus logros importantes, secundando el deseo del Gran Canciller, Mons. Josemaría Escrivá, fue que el prof. Ortiz de Landázuri viniera a Pamplona.

En efecto, que D. Eduardo dejara una posición sólida y brillante en Granada, para iniciar la labor docente y asistencial de Patología en la naciente Escuela de Medicina del Estudio General de Navarra era, para muchos, una locura, para los menos, manifestación de un ánimo valiente y generoso.

En Granada, como catedrático de Patología Médica, disponía de un excelente servicio en el Hospital clínico, tenía en marcha el Centro de Investigaciones Endocrinológicas y Metabólicas, patrocinado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y contaba con un amplio grupo de colaboradores de indiscutible valía. Por otra parte, fue decano de la Facultad, cargo que dejó al ser nombrado vicerrector, pocos meses antes de su venida a Pamplona. Tenía, además, una consulta privada a la que acudían pacientes de toda Andalucía. En suma, bajo todos los aspectos, gozaba de una situación humanamente envidiable. En Pamplona, en cambio, no tenía nada; en la Escuela de Medicina no había ningún servicio clínico, pues sus primeros enfermos había que buscarlos; no existía ningún centro de investigaciones clínicas; sus ingresos -aunque suficientes para atender las necesidades familiares- eran muy inferiores a los de Granada; huma-

namente hablando era la decisión de venir a Pamplona una locura, como había sido y continuaba siendo la creación y desarrollo del Estudio General de Navarra. Éste, no obstante, aparecía ante él como un ideal noble, un modo de entender la Universidad que le atraía y con el que se identificaba y ante el que no importaba mucho el sacrificio personal. Así lo veía D. Eduardo y así lo entendieron Laurita, su esposa, D. Carlos Jiménez Díaz y D. Gregorio Marañón.

D. Eduardo comunicó a estos dos insignes médicos su posible traslado a Pamplona y cuando habló a D. Carlos, éste le dijo que, aunque su situación en Granada era magnífica "en su opinión la propuesta era muy grata y del mayor interés conociéndole a Vd.". Y poco después, en una carta le escribía: "Ánimo, Eduardo, más lejos fueron los Reyes Magos y sólo iban detrás de una estrella". Por su parte, D. Gregorio Marañón le escribió: "Desde que lo supe, juzgué su decisión con apasionada adhesión, que ahora reitero después de su cariñosa car-



Acto en homenaje a D. Eduardo

ta (...). Esta decisión supone una independencia de criterio y una valerosa confianza en la vida, que no puede sino producir respeto entre sus amigos (...) Pero si pasa Vd. aún por momentos de duda, sepa que tiene aquí un amigo, que en todo momento sabrá fortalecerle con éxito".

Tanto D. Carlos como D. Gregorio, desde tiempo atrás, venían denunciado el estancamiento de la docencia y la investigación en la Facultades de Medicina españolas. Por ello veían con simpatía una iniciativa como la de la Universidad de Navarra, aunque no dejaban de admirar que profesores como D. Eduardo, sacrificaran el éxito personal para sacar adelante esta empresa.

Llegada a Pamplona

D. Eduardo se incorporó a la Escuela de Medicina al inicio del curso 1958-59. Los primeros enfermos, como decía más arriba, hubo que buscarlos para comenzar las clases con la presentación de pacientes. Como aquella situación de emergencia no podía mantenerse, el rector, D. Ismael Sánchez Bella y D. Eduardo urgieron para que la Diputación Foral ofreciera una solución a la que antes se había comprometido. A finales de octubre de ese año 58 se recibió un oficio de la Diputación en el que se comunicaba que el servicio de Medicina General del Hospital se desdoblaba nombrando a D. Eduardo director de una de las secciones. Esta sección llevaba aneja el pabellón F, viejo edificio, con unas 60 camas, en habitaciones de 2 hasta 6 enfermos. El pabellón F reunía escasas condiciones para una asistencia de calidad, pero la personalidad entusiasta y arrolladora de D. Eduardo suplieron las deficiencias materiales del pabellón: su dedicación, su disposición constante a hacer lo que fuera necesario, su entrega a los enfermos contagió a sus ayudantes y enfermeras. Se consiguió así un ambiente de trabajo, de cordialidad y entendimiento, que todos los que lo vivieron, como los doctores Martínez Caro, Conchillo, Moncada, etc., lo recuerdan siempre con indudable gozo.

Un día de trabajo de D. Eduardo

Comenzaba la jornada con la Santa Misa a las 7,30. Hacia las 8,15 ya estaba en su despacho, a las 9 to-

maba un frugal desayuno, comía hacia las 2 en el pequeño bar instalado en la "Escuela Nueva" y, ya tarde, volvía a casa para cenar. Las casi 12 horas de trabajo del día las distribuía entre consulta y visitas en el pabellón F, preparación de clases, estudio, seminarios y gestiones de diversa índole. Pero su día de trabajo no terminaba con su vuelta a casa por la noche. Tras la cena y una sobremesa con Laurita e hijos, continuaba leyendo alguna revista de Medicina o escribiendo, hasta pasadas las 12. No era raro que invitara a alguno de sus colaboradores a cenar y después siguiera trabajando con él hasta avanzada la noche. Este era el ritmo de trabajo de D. Eduardo y el que siguió hasta que la enfermedad se lo impidió, 3 años antes de su fallecimiento. Jornadas, por tanto, amplias y, al mismo tiempo, densas, sólo así se explica que pudiera hacer tanto y tan cumplidamente.

A su actividad en el pabellón F pronto se unieron las gestiones para la construcción y puesta en marcha de la primera fase de la Clínica Universitaria (año 1961) y las escalonadas ampliaciones. La primera se inauguró en 1969, la segunda en 1975. Las gestiones para obtener los oportunos permisos y el dinero necesario para la construcción e instalación corrieron, en buena parte, a su cargo. Esto supuso un gran número de viajes a Madrid y multitud de entrevistas. Para que estos viajes no disturbaran su labor docente y asistencial los hacía por la noche: tomaba un tren que llegaba temprano a Madrid, el



D. Eduardo, con uno de sus ayudantes, pasando visita en la Clínica Universitaria

día lo tenía cubierto con entrevistas previamente programadas y regresaba a Pamplona en el tren de la noche siguiente. Y para que fueran estos desplazamientos menos gravosos para la Universidad, viajaba en segunda clase, hasta que en la Junta de Gobierno de la Universidad se enteraron y, a partir de entonces, tuvo que hacerlos en primera o en coche cama. Cuando el tren llegaba a Pamplona a primera hora de la mañana iniciaba D. Eduardo otra jornada de trabajo sin permitirse unas horas de descanso.

Cargos de gobierno en la Universidad

Junto a estas ocupaciones y preocupaciones, otra faceta del servicio de D. Eduardo a la Universidad fueron los cargos de gobierno que tuvo que desempeñar: decano (62-66), vicerrector (66-69), nuevamente decano (69-78) y, finalmente, presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad del 78 hasta su muerte, el año 85. Sólo su resistencia física y mental, su entusiasmo y su capacidad de sacrificio explican la labor ingente desarrollada por D. Eduardo. Con toda razón le fue concedida, a título póstumo, la primera medalla de oro de la Universidad de Navarra.

He referido hasta ahora, en una exposición sucinta, cosas que D. Eduardo hizo en Pamplona, pero ¿cómo lo hizo? Aunque sea a grandes trazos, me voy a referir a tres aspectos de su labor: como universitario, como médico y como amigo.

D. Eduardo como universitario

Si hubiera que sintetizar los ideales que impulsaron la vida de D. Eduardo habría que colocar, en primer lugar, el cristiano y, después, fundido con el anterior y vivificado por él, el universitario. D. Eduardo fue un universitario de cuerpo entero. Este sentirse universitario se traducía en todos los campos. En primer lugar, procurando que su labor universitaria no quedara reducida a unas clases y prácticas sino que sus alumnos, a través de las pasantías, aprendieran cómo debe ser el trabajo asistencial, no algo rutinario y de baja calidad. Para ello les acostumbraba a que leyeran revistas médicas de calidad para así seguir al día los continuos avances de la Medicina. Se traducía, también en su afán in-

vestigador, necesario para mantener el espíritu indagador despierto y eliminar cualquier asomo de rutina en la labor asistencial y al mismo tiempo contribuir, en la medida de lo posible, a esclarecer tantos aspectos de la fisiopatología todavía mal conocidos. Su talante universitario quedó bien patente al dejar Granada, con un presente y un futuro asegurados, y venirse a Pamplona a hacer una Universidad con espíritu innovador. No hay duda que el nivel científico y el prestigio que pronto adquirieron la Facultad de Medicina y la Clínica Universitaria se debieron en buena parte a ese espíritu universitario de D. Eduardo. Finalmente, que la Universidad la llevaba muy dentro de su corazón lo revela el hecho de que prácticamente durante toda su vida académica desempeñó cargos de gobierno. No es de extrañar que, cuando ya sentía próximo su final, dijera que como epitafio le gustaría que se pusiera: éste fue un universitario.

D. Eduardo como médico

D. Eduardo fue un médico excepcional, pues no son fáciles de reunir en una misma persona las condiciones que él poseía: una preparación científica seria, un ojo clínico, que pocas veces le fallaba, una humildad nada corriente, ya que estaba dispuesto a aprender aunque fuera de sus residentes y, por si todo esto fuera poco, una entrega a los enfermos difícilmente igualable. Cuando escuchaba a un enfermo o pasaba visita nunca daba la impresión de prisa, ponía toda su atención, saber y cariño en atenderle. Un principio que siguió y procuró inculcar en sus discípulos fue que "el enfermo siempre tiene razón". Cuando algún paciente se encontraba grave le seguía tan de cerca que con razón pudo decir: "a las tres de la madrugada se puede salvar una vida; a las nueve de la mañana sólo se puede firmar el certificado de defunción". Otra frase suya era: "estamos para servir a cualquier hora, en cualquier cosa, para lo que sea y en lo que sea". No es de extrañar que los enfermos le idolatrasen y que fuera llamado a consulta de los lugares más diversos.

D. Eduardo como amigo

El corazón grande y generoso de D. Eduardo se manifestaba en todo su actuar, pero especialmente

en la amistad. Supo querer y derrochó cariño con sus amigos y enfermos. A un amigo le dijo: "mira, hay dos lenguajes: el de la lógica y el del cariño. La lógica tiene sus límites. Por eso, cuando se llega al límite de la lógica, el único camino es el del cariño". Cuántas anécdotas que evidencian el cariño entrañable de D. Eduardo podrían contarnos los que han sido colegas, discípulos o pacientes suyos. Como muestra valgan estas dos. La primera la relata D. Fernando Reinoso, catedrático de Anatomía, que fue primero alumno suyo y después un buen amigo. Sucedió en Granada. Iba D. Eduardo a comer, ya tarde, cuando se encontró con otro profesor, que tras comer volvía a la Facultad. D. Eduardo, al saludarle, notó algo en su rostro que le dejó intranquilo (el cariño sabe descubrir hasta en los pequeños cambios de expresión cuándo hay algo que preocupa), por lo que le preguntó ¿qué te pasa? Él le contestó: he dejado a mi mujer en casa con mal aspecto y estoy preocupado. D. Eduardo le convenció que debían ir a verla. Fueron ambos a casa del joven profesor, D. Eduardo le hizo una detallada exploración, charlaron relajadamente un ratito y tranquilizó a los esposos diciéndoles que no era cosa de importancia. De allí volvió al Clínico, pues tenía enfermos citados y, una vez más, se quedó ese día sin comer.

La otra anécdota me la refirió el padre de un alumno mío. Conversando con él, le pregunté si conocía el ideario de la Universidad de Navarra. Me dijo que no, pero que se hacía una idea de su contenido por lo que él había visto. Hacía unos años que un hermano suyo de 29 años, había ingresado en la Clínica Universitaria a causa de una nefritis muy avanzada. D. Eduardo y su equipo hicieron todo lo posible pero consiguieron muy escasa mejoría. Una noche, pocos días antes de la muerte del enfermo, pasó D. Eduardo, a eso de las dos, a hacerle la última visita del día. El hermano que me lo refería se había quedado para velarle esa noche. D. Eduardo estuvo hablando con ellos unos minutos con palabras llenas de afecto y, al despedirse, vien-

do que la Medicina, con aquel joven a punto de morir, no podía hacer nada para salvarle, le dio un beso en la frente. El hermano cuando me lo refería no pudo contener las lágrimas.

D. Eduardo y su sentido cristiano

A través de este breve relato sobre D. Eduardo se puede apreciar que desarrolló en su vida muchas virtudes humanas entre las que cabe destacar la lealtad, la generosidad, la laboriosidad, la humildad, el desprendimiento... Pero la base sobre las que se apoyaban estas virtudes era la intensidad con que vivió el primer mandamiento de la Ley: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Vivido así este mandamiento, el segundo es una consecuencia obligada: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Al inicio de los años 50, D. Eduardo conoció el Opus Dei y pidió la admisión como supernumerario. Esto no supuso un gran cambio en su vida, pues amaba a su mujer e hijos, trabajaba intensamente y con rectitud de intención y vivía entregado a sus pacientes y a los que se formaban junto a él. En definitiva, vivía ya lo que es más característico de la espiritualidad del Opus Dei, si bien todo ello, a partir de aquel momento adquirió como una dimensión nueva y cobró más fuerza en él la preocupación por la santidad de los que le rodeaban. De hecho, desde que D. Eduardo pertenecía la Prelatura del Opus Dei hizo siempre un intenso apostolado con sus discípulos, enfermos y amigos. Por haber vivido estas virtudes cristianas de forma heroica, en medio del mundo, a nadie nos extrañó que se iniciara el proceso de su beatificación en diciembre de 1998, cuya fase diocesana terminó el 28 de mayo de 2002. Quizá, sin que pase mucho tiempo, la Iglesia le cuente entre sus santos.

Luis M^a Gonzalo Sanz

Prof. honorario de la Universidad de Navarra

Tres personalidades recibieron el doctorado honoris causa de la Universidad de Navarra con motivo de su 50º aniversario



Expertos en derechos humanos, Ciencia de Materiales y Teología

La norteamericana Mary Ann Glendon es experta en bioética, derechos humanos y derecho constitucional comparado de Europa y EE. UU. Mons. Javier Echevarría destacó "su excelencia académica extraordinaria en el saber jurídico, que le ha permitido afrontar - con indiscutida competencia- cuestiones vitales en las presentes circunstancias de la vida humana y del concierto de las naciones. Ha profundizado en los derechos humanos, con la mirada puesta en la dignidad de la persona, a través de numerosas publicaciones que han tratado, entre otros temas, de la vida política, de la familia, del divorcio y del aborto, y que han recibido prestigiosos premios".

Anthony Kelly, profesor emérito de Ciencia de Materiales y Metalurgia de la Universidad de Cambridge, está considerado como uno de los padres de los "materiales compuestos" y ha desempeñado diversos puestos directivos, investigadores y docentes en las universidades de Illinois y Northwestern, en EE. UU., y en las de Birmingham y Surrey, en el Reino Unido. "Su vida académica, jalonada de numerosos premios y reconocimientos internacionales, se ha caracterizado por el afán de servicio, que le lleva a una abnegada labor de formación de discípulos y a compartir su saber", señaló el Gran Canciller de la Universidad de Navarra. Por último, se refirió a la trayectoria del cardenal Antonio M^a Rouco, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española desde 1999. Según el prelado del Opus Dei, "constituye un ejemplo de sacerdote con gran sentido universitario. El servicio a la Iglesia y su amor a la verdad le han llevado al ejercicio de la investigación y de la docencia en el campo teológico -especialmente en la Teología Fundamental y en la Eclesiología-, y en el campo jurídico, en las Universidades de Munich y de Salamanca".

Con la investidura de estos tres doctores honoris causa, la Universidad de Navarra, en sus 50 años de historia, ha concedido esta distinción a 32 personas de relevancia internacional en sus respectivos campos.

La Universidad de Navarra, dentro de la celebración de su 50º aniversario, otorgó el doctorado honoris causa a tres prestigiosas personalidades relacionadas con el mundo universitario: Mary Ann Glendon, catedrática de la Universidad de Harvard (EE. UU); Anthony Kelly, profesor de la Universidad de Cambridge (Reino Unido); y Antonio M^a Rouco, cardenal arzobispo de Madrid.

El acto estuvo presidido por el Gran Canciller de la Universidad de Navarra y prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, quien manifestó que la incorporación de estas personalidades de gran relieve universitario al claustro de doctores de esta Universidad constituye "un estímulo para proseguir la tarea de búsqueda de la verdad con ilusión renovada y con unas metas muy altas al servicio de todos los hombres". Y agregó que su ejemplo "nos impulsa a reflexionar sobre algunos aspectos del quehacer universitario en el contexto de la celebración del quincuagésimo aniversario de esta Universidad, que acontece en un momento de profundos cambios sociales".

En el acto también intervinieron los padrinos de los nuevos doctores honoris causa: Julio Muerza, decano de la Facultad de Derecho; Javier Gil, profesor de la Escuela Superior de Ingenieros; y Francisco Varo, decano de la Facultad de Teología.

III Encuentro sobre Avances en Medicina molecular organizado por la Universidad de Navarra y la Fundación BBVA



Apnea del sueño

Ben Gaston, en su intervención, destacó que "la incidencia de la apnea infantil ha disminuido desde que se está recomendando que los bebés duerman boca arriba en lugar de boca abajo: hemos pasado de un caso entre mil a uno de cada dos mil".

En cuanto a la población adulta, el profesor Gaston explicó que "alrededor de un 20% de la población norteamericana sufre de apnea en el sueño. Esta cifra no se puede extrapolar directamente al resto del mundo porque en este desorden intervienen factores como la obesidad, que es más prevalente en EE. UU. Pero pienso que, en el futuro, el resto del mundo se va a ir aproximando a estas cifras".

Según señaló, el trabajo que se desarrolla actualmente "tuvo en parte su origen en el grupo liderado por el profesor José M^a Mato en la Universidad de Navarra y que se fundamenta en el conocimiento de señales bioquímicas basadas en el óxido nítrico. Estas investigaciones tienen una traducción directa en la obtención de nuevos fármacos que faciliten la respiración".

Nuevos caminos para tratar la cirrosis y el cáncer de hígado

Durante este encuentro intervinieron asimismo Matías A. Ávila (Universidad de Navarra) y Shelly C. Lu (Universidad de Southern California, EE. UU.), que investigan sobre mecanismos que llevan al desarrollo de los procesos cancerosos en el hígado. "Se ha identificado un gen, llamado MAT1A, indispensable para que el hígado esté sano", declaró Shelly C. Lu. "Cuando se pierde la expresión de ese gen se acaba produciendo un tumor. Además de este proceso, bá-

sico en el desarrollo del hepatocarcinoma, se ha comprobado la relevancia de una molécula, la S-Adenosilmetionina, para preservar el hígado en estado sano", añadió.

Por su parte, Matías A. Ávila precisó que "los avances tienen implicaciones terapéuticas desde el momento en que la S-Adenosilmetionina se puede administrar a los enfermos. En Europa este fármaco está ya comercializado y se administra como hepatoprotector, pero esperamos que estas investigaciones permitan ir más allá, para que, en un futuro, pueda convertirse en un fármaco que consiga también prevenir la formación del hepatocarcinoma, que actualmente es una patología que no tiene tratamiento".

Alcohol y alcoholismo

Arthur Cederbaum, del Hospital Monte Sinaí de Nueva York, en su exposición, afirmó que: "Estamos comprobando que la cantidad de alcohol que hay que beber de una forma crónica para desarrollar patologías es cada vez menor. Seis copas de vino o cuatro cervezas consumidas de una manera crónica a lo largo del tiempo pueden producir un problema hepático".

"Existe además una marcada diferencia según el sexo. En las mujeres, el umbral de consumo puede reducirse hasta una o dos cervezas o copas de vino al día. El metabolismo de los varones es más resistente al alcohol", señaló Arthur Cederbaum.

El experto del Hospital Monte Sinaí indicó que, dentro del mismo sexo, la sensibilidad varía también según los individuos, y se refirió a los factores que pueden explicar las diferencias: "Por un lado está la dieta que uno sigue y, por otro, factores genéticos implicados en la susceptibilidad a desarrollar una patología hepática por el consumo de alcohol".



Los problemas hepáticos, tercera causa de mortalidad en España

Por su parte, Fernando Corrales, investigador de la Universidad de Navarra, añadió que la cirrosis "es una enfermedad progresiva que puede aparecer por diferentes causas, y actualmente no existe un tratamiento que ayude a mejorar el estado de los enfermos".

"Se ha demostrado -prosiguió- que con una molécula llamada s-adenosilmetionina aumenta la supervivencia de los pacientes con un grado muy leve de cirrosis, pero no funciona cuando la patología es extremadamente grave. En ese caso, lo único que da resultado es el trasplante".

Libro blanco sobre hepatitis C

Presentación del Libro blanco sobre hepatitis C, que recoge las conclusiones del estudio "Costes sociales y económicos de la hepatitis C. Los tratamientos de futuro y el beneficio generado por su aplicación en el horizonte del año 2005 en España".

La Clínica Universitaria participa en un estudio prospectivo para conocer la realidad diagnóstica y terapéutica de esta enfermedad hepática en el año 2005.

Este estudio cuenta con un comité científico asesor, presidido por el Dr. Esteban Mur, que está formado

por 24 expertos en Hepatología, entre los que se encuentran los Dres. Nicolás García, Pilar Civeira y Jesús Prieto, especialistas del departamento de Medicina Interna de la Clínica Universitaria. Para llevar a cabo el estudio se realizaron 30 entrevistas en profundidad a profesionales de reconocido prestigio en Hepatología, cien encuestas a especialistas y otras tantas a médicos de Atención Primaria. En la recopilación de información también participaron representantes de Sanidad, directores de hospital, personal de enfermería, que aportaron su experiencia en el estudio de la hepatitis C.

I Congreso Navarro de Medicina del Deporte, organizado por la Asociación Navarra de Medicina del Deporte (ANAMEDE) y la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra

Según el Dr. Juan Ramón Valentí, director del departamento de Cirugía Ortopédica y Traumatología de la Clínica Universitaria de la Universidad de Navarra y presidente de ANAMEDE, "el deporte es sano si se realiza de manera periódica y controlada. A partir de los cuarenta años se recomienda practicar deportes aeróbicos, como andar en bicicleta, nadar y caminar".

La disciplina de la medicina deportiva trata de fomentar la salud en el deporte. Por eso, está implicada en ámbitos diversos que afectan a distintas especiali-

dades: fisiología, cardiología, nutrición, psicología, traumatología y rehabilitación. Según el especialista de la Clínica Universitaria, "hay muchas maneras de hacer deporte, aunque se podrían catalogar de dos formas diferentes: la práctica profesional y el deporte de entretenimiento. El deporte de competición exige una preparación física importante pero no es la mejor actividad para la salud. En cambio, el ejercicio que se practica durante el tiempo libre puede ser muy saludable ya que aporta beneficios tanto en el estado físico como en el psicológico".